

Lucía Guerra. *CIUDAD, GÉNERO E IMAGINARIOS URBANOS EN LA NARRATIVA LATINOAMERICANA*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2014. 294 p.

Ciudad, género e imaginarios urbanos en la narrativa latinoamericana es un hito en el estudio de la literatura latinoamericana. Lucía Guerra inaugura una nueva ruta en las investigaciones literarias debido a que cruza dos áreas que, hasta ahora, habían seguido líneas paralelas –género y ciudad– a fin de generar una perspectiva más integral a la hora de entender la riqueza y la complejidad de la construcción de los imaginarios urbanos en algunas de las novelas y cuentos más relevantes de los siglos XIX y XX.

El estudio de Lucía Guerra evidencia un sólido proceso de construcción que se puede apreciar al considerar, al menos, cuatro áreas del texto: marco teórico, análisis, diseño y escritura, todos los que, por cierto, revelan los frutos de una propuesta interpretativa excepcional.

Si hay algo que ha caracterizado el trabajo académico de Lucía Guerra, plasmado en numerosos artículos y libros, es el sólido trabajo teórico que sostiene sus hipótesis de lectura. Haciendo gala de un amplio conocimiento de los principales aportes efectuados en el estudio de la ciudad, el género y los imaginarios urbanos, Guerra no solo es capaz de apropiarse y emplear estos recursos para el análisis de los textos, sino que, trayendo aguas a su propio molino, modifica antiguas conceptualizaciones o genera nuevas a fin de fortalecer el análisis del corpus seleccionado. Cada recurso teórico es, entonces, completamente funcional al análisis de los imaginarios urbanos que emergen de las novelas y cuentos. Aquí hay un punto en el que vale la pena detenerse. Lucía Guerra analiza treinta y seis textos literarios –la mayoría novelas–, una cifra de por sí exorbitante para un ensayo de estas características. Con todo, lo más llamativo es que el trazo interpretativo jamás se hace grueso sino que aboga por líneas delicadas que permiten penetrar y revelar la riqueza de cada una de las piezas del corpus.

A pesar de la multiplicidad de textos teóricos y literarios que dialogan al interior de *Ciudad, género e imaginarios urbanos...*, generando conexiones casi rizomáticas, resulta llamativo que jamás tiemble la mano de Lucía Guerra, es decir, en todo momento tiene el control de un ensayo cuyo diseño fue trazado de manera idónea. Al realizar una analogía con la idea de ciudad, es posible sostener que Guerra concibe el libro a partir de un plano, cuadrícula de manera ordenada y estructurada a fin de mostrar y sacar de la oscuridad los numerosos pliegues que dan cuenta del tesoro más recóndito

que aparece en las reconstrucciones urbanas realizadas por los textos literarios: las mujeres y los hombres que habitan las urbes.

En los últimos años hay un virus que se ha ido apoderado de los textos de análisis literario: la complejización innecesaria del lenguaje. “Escribir en difícil” se ha transformado, lamentablemente, en una medida de calidad para numerosos críticos. Afortunadamente, Lucía Guerra evade esta moda y opta por una senda distinta. El desafío del ensayista pasa por entregar los conceptos más complejos, efectuar el análisis más enrevesado, interpretar los textos más difíciles a través del lenguaje más transparente posible. Lo anterior no significa renunciar a la calidad del uso del lenguaje, todo lo contrario, implica rigurosidad, precisión y coherencia. Como Virgilio, Guerra lleva al lector por caminos áridos, gozosos o sombríos, pero no olvida que debe iluminar este sendero a través de una prosa contundente, confiada y elegante.

En *Ciudad, género e imaginarios urbanos en la narrativa latinoamericana* Lucía Guerra subraya la voluntad de orden que tiene la conceptualización original de la ciudad. Tanto en las reflexiones de Yi-fu Tuan —que abren el libro— como en los aportes de Ángel Rama para la ciudad latinoamericana, esta noción tiene una relevancia capital. Para Guerra el plano de la ciudad despliega “[...] un conjunto de líneas horizontales, paralelas, convergentes y divergentes que crean la impresión de una sólida totalidad ordenada. Trazos simétricos que se engendran y reengendran en el flujo de un orden que distribuye a la comunidad urbana en un nítido alineamiento” (11). De hecho, Guerra agrega que la ciudad es “[...] el locus, por excelencia, de la producción y circulación de un orden social y político implementado por una estructura de poder” (12). Ahora bien, es claro que Guerra no desea ratificar la voluntad de orden de la ciudad, sino generar una serie de estrategias que contribuyan a develar el soterrado caos que corre en la urbe. De allí que sostenga que el plano de la ciudad “[...] omite todo relieve y toda carga connotativa con la excepción de las nociones de centro, ángulo y periferia, aunque estas solo poseen el valor que se le asignaría a cualquier otro diseño gráfico” (13). De esta forma, Guerra piensa que, más allá de las líneas que conforman un espacio urbano como un orden simétrico y armonioso, subyacen otros significados que hacen de este espacio, una configuración de signos plurales y contradictorios.

La simetría de un orden armonioso es también orden coercitivo, autoridad y jerarquía, y los trazos que en un principio se diseñaron como estructura y límite engendran, simultáneamente, márgenes, desechos y zonas periféricas que desbordan los proyectos urbanísticos —espacios de la pobreza y la insubordinación que irrumpen y perforan esos centros—, dando a luz el caos y la imperfección. Es más, si el plano de la ciudad ha sido elaborado a partir de un principio organizativo racional y una lógica matemática de significado unívoco, el espacio urbano en constante estado de cambio, como realidad empírica que emerge,

replica y contradice esos principios, se sustrae a aquel imperio de signos con el cual se la intenta representar (12).

Bajo esta perspectiva, la ciudad se transforma en un foco de conflicto. Para Guerra, la urbe constituye el espacio de lo heterogéneo y dispar en un territorio nacional que intenta imponer la homogeneidad a través de sus íconos y emblemas oficiales:

A pesar de que en la nación, como en la ciudad misma, se imponen diversos órdenes, de manera simultánea, en ellas se inserta también un territorio diferencial que, de manera transgresiva, emite voces, discursos e imágenes que ponen de manifiesto la invalidez del modelo de lo homogéneo (13).

Siguiendo a Walter Benjamin establece que, finalmente, la ciudad se transforma en un espacio poroso: “[...] un elemento clave en toda ciudad es su carácter poroso que difumina todo límite para producir una fusión de lo viejo y lo nuevo, lo público y lo privado, lo sagrado y lo profano, en una *anarquía espacial* donde las relaciones sociales son efímeras” (19). Interesa especialmente esa idea de “anarquía espacial” entendida como “[...] una pluralidad de elementos heterogéneos y dispares, [que] impide cualquier interpretación o análisis sistemático de la ciudad” (19). Es en el marco de este terreno confuso e inatrapable que Guerra formula un concepto clave para esta investigación: el imaginario urbano.

[E]n el intento de emitir un discurso de la ciudad para verbalizarla, ya sea a través de la descripción de ciertos elementos visuales o en remodelizaciones imaginarias que elaboran fragmentos con un denso valor connotativo y proyectan la ciudad a la esfera de la metáfora y la alegoría. Emitidos por un sujeto específico en un espacio y tiempo determinados, los imaginarios urbanos, lejos de adecuarse al objeto “ciudad” para definirlo y denotarlo, giran en la esfera de la perspectiva personal y subjetiva que le infunde al espacio urbano otros significados (23).

Los imaginarios urbanos que emergen de la narrativa latinoamericana son desentrañados por el discurso de Guerra. Así, es capaz de mostrar el deseo de erigir los emblemas de la nación que surgen de las obras de Esteban Echeverría y José Mármol, los que aspiran a un proyecto liberal que intenta imponer los ideales de la civilización europea; desnuda el contrasello de “la ciudad deseada” en los textos de Federico Gamboa, Eugenio Cambaceres y Luis Orrego Luco, “[...] quienes elaboran la ciudad como sitio del vicio y la perversión” (252); reconstruye la mirada liminar proveniente de sectores populares en los textos de Roberto Arlt, Nicomedes Guzmán y Julio Ramón Ribeyro; recrea los espacios de la memoria que emergen de las subjetividades en los textos de Carlos Sepúlveda Leyton, José Emilio Pacheco y Fernando Vallejo; cuestiona la perspectiva androcéntrica que prima en la distribución de la ciudad

latinoamericana, subrayando que “el carácter hegemónico de la estructura patriarcal impuso un uso determinado de la ciudad” (252), lo que permite cruzar género y ciudad en la interpretación y análisis del espacio narrativo en textos de miradas femeninas (Teresa de la Parra y María Luisa Bombal), gay (Luis Zapata y José Joaquín Blanco) y lésbica (Sylvia Molloy, Reina Roffé e Irene González Frei); y concluye abordando apocalípticamente los textos que dan cuenta de la destrucción y desintegración de la ciudad (Severo Sarduy y Homero Aridjis).

Al inicio de esta reseña planteé que este libro inauguraba una nueva ruta en las investigaciones literarias debido a que cruza dos áreas que, hasta ahora, habían seguido líneas paralelas: género y ciudad. Pues bien, debo confesar algo: mentí. *Ciudad, género e imaginarios urbanos en la narrativa latinoamericana* es muchísimo más. Lucía Guerra no solo se refiere a género y ciudad en la narrativa latinoamericana sino también a la memoria, a la nación, a la perversión, la destrucción que emerge de las letras regionales, construyendo, en definitiva, un texto que, desde múltiples perspectivas, aborda la narrativa latinoamericana, erigiendo un libro importante, hermoso, inolvidable.

Alexis Candia-Cáceres
Centro de Estudios Avanzados (CEA)
Universidad de Playa Ancha